

ma razon me opondria tan graves dificultades, que me apartarian absolutamente de creer. Pues este modo de pensar, y estar en esta disposicion, es faltar á la fe; porque la fe cristiana no es un puro asenso de creer, ni una simple sumision del entendimiento, sino un asenso y una sumision razonable: *Rationabile obsequium vestrum*. Porque no serian virtuosos, si no fuesen razonables este asenso y esta sumision. Pero ¿cómo serán este asenso y esta sumision razonables, si en esta sumision y este asenso no tiene parte alguna la razon?

Con que conviene razonar, pero solo hasta cierto punto, y no pasar de allí. De este modo debemos concordar la razon con la fe. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios no reprueba las luces de la razon, antes nos las ha comunicado para que, como una antorcha, nos alumbren y guien. Conviene razonar, pero sin pasar los limites que señalaba el Apóstol á los primeros fieles cuando les decia: «Hermanos míos, os advierto á todos, sin exceptuar á alguno, en virtud de la gracia que me ha sido dada, que no os adelantéis demasiado en el exámen de las materias de la fe, sino que useis de una gran reserva y toqueis con gran sobriedad esta materia.» Rom. xii, 5. Según esto, lo que yo debo procurar examinar es, cuáles son las pruebas, cuáles los motivos que me hacen evidentemente creibles la religion que profeso y todos los misterios que me enseña: esto es lo que debo examinar y lo que debo procurar entender bien: en esto debo ejercitar mi razon; y sobre lo que no me es permitido decir, yo no razono ni discurro. Porque sin este exámen y exacto razonamiento, no puedo tener sino una fe incierta y poco firme; una fe vaga, sin principios, ni consistencia alguna. Y por esta razon, el príncipe de los apóstoles, S. Pedro, nos ordena *el estar siempre preparados y dispuestos para satisfacer á los que nos preguntaren la razon de lo que creemos y de lo que esperamos*. I PETR. III, 15. Quiere el mismo apóstol, que estemos siempre dispuestos para dar razon de nuestra fe, justificar el prudente partido que seguimos, hacer ver que no hay otro alguno mejor establecido, y mostrar los legítimos títulos que nos autorizan y nos adhieren inviolablemente á ella.

Pero ¿cuál es el fondo de estos grandes misterios que me revela la religion y anuncia el Evangelio? ¿En qué consisten, y cómo se cumplen? Aquí se debe detener la razon y reprimir su curiosidad; y no solamente no me es permitido discurrir, sino expresamente mandado decir: yo no discurro, pero creo: en efecto, bástame saber

que debo creer todo esto; que creo prudentemente todo esto; y que seria irracional y delincuente si no creyese todo esto, enseñándome una religion cuyos eficaces racionios é invencibles argumentos me dan á conocer esta incontestable verdad. Esto es lo que me conviene; y si yo quisiera adelantarme más, y con una presuncion semejante á la de Sto. Tomás, dijese como él: *Yo no creo á menos que no vea*, JOAN. XX, 25, perderia desde luego la fe y el mérito que tendria en creer. Perderia la fe; porque es esencial á la fe el no ver y creer lo que no se ve. Perderia el mérito; porque no hay mérito alguno en creer lo que se tiene á la vista, lo que tenemos delante de los ojos, lo que palpan los sentidos, lo que se ve con claridad y con la mayor distincion. No tenemos libertad en esto, y no somos dueños de nuestra creencia y fe para darla ó recusarla; porque, aunque no queramos, nos hallamos persuadidos y convencidos, sin que nos cueste trabajo ni sacrificio. Y en este sentido dijo el Salvador de los hombres: *¡Dichosos aquellos que no vieron y creyeron!* JOAN. XX, 29.

De este modo debemos concordar la razon con la religion. La razon ilustrada de lo alto dá los primeros pasos, ó pone los preliminares, convenciéndonos de que la religion viene de Dios; pues no hay un solo artículo de cuantos contiene, que no haya sido revelado por Dios, ya en la Escritura, ya en la tradicion, explicada y propuesta por la Iglesia. Siendo Dios absolutamente incapaz de errar, ni mentir, se sigue: que es infaliblemente verdadero todo lo que nos ha revelado. Finalmente, no anunciándonos la religion otra cosa que la palabra de Dios, y anunciándola en nombre de Dios, es por consiguiente verdadera, y obliga á una perfecta adhesion de nuestro entendimiento y voluntad. Esto es en lo que obra la razon y lo que nosotros descubrimos con el auxilio de su luz. Pero, tomando este principio en general, entra luego la religion, y nos propone sus verdades particulares; y por oscuras que sean, sujeta á ellas la razon, sin dejarla libertad ni licencia para penetrar estas sombras misteriosas. Pero si por su indocilidad natural y por su soberbia repugna á ello la razon, entónces la religion, con el peso de su autoridad y con un mandato expreso, la subyuga y cautiva en obsequio de la fe. Si replica la razon, ¿cómo es esto y lo otro? Responde la religion: basta que estés instruida de ello para no poder dudar, segun las reglas de la prudencia; pues no se puede dudar prudentemente, que deje de ser cierto lo que Dios ha revelado. Esta respuesta, este silencio impuesto á la razon, la humilla, no cabe duda; pero es una humillacion saludable, que le impide desviarse y dejarse llevar (segun



la expresion de S. Pablo), de todos los vientos de doctrina; antes la contiene en los justos limites á que se debe ceñir y de que no se debe desviar.

De este modo se halla firme nuestra fe, sin que pierda nada de su oscuridad; y al mismo tiempo es oscura, sin perder cosa alguna de su firmeza.

Aclaremos este punto; y para hacerlo más inteligible, reduzcámoslo á práctica. Supongamos á un cristiano asaltado de alguna de aquellas tentaciones que ocurren contra la fe, y de que las almas más fieles y religiosas no están libres, á lo ménos por algùn corto tiempo.

En ocasiones semejantes en que me puedo hallar yo, del mismo modo que otros, ¿qué es lo que debo practicar? Despues de haber implorado la asistencia divina, vuelvo en mí, y para fortalecerme, llamo en mi ayuda á mi razon y á mi religion á fin de que me socorran. Una y otra, por decirlo así, me dan la mano, y concurren á asegurarme y calmar mis inquietudes. Mi razon me recuerda y trae á la memoria, los grandes motivos que siempre me han determinado á creer, y que me han parecido, hasta ahora, los más propios para afirmarme en la fe, en que me he criado. Por ejemplo, supongamos que ella me representa el dilatado espacio del universo, y esta multitud innumerable de cosas visibles que le componen. Me hace admirar la diversidad, la hermosura, la inmensidad, la disposicion, el órden, la union, la mútua dependencia, la utilidad y duracion que tienen y han tenido despues de tantos siglos.

Veo á la primera ojeada, que una obra tan bien dispuesta y tan bien organizada en todas sus partes, y de una composicion sobre todo humano artificio, no puede ser efecto del acaso. Y así el juicio que formo de todo esto, por poca atencion que ponga en ello, es reconocer una primera causa, un excelente artifice, un poder supremo de quien todo tiene origen; que todo lo ordena, que lo dispone todo, y á todo da aquella impresion que lo anima y mantiene en su sér. Pues este excelente artifice, este poder primitivo, esencial, independiente, es á lo que nosotros llamamos Dios, y al que debemos honrar como tal. Digo honrarle como Dios; y paso á paso, la misma razon que me guia, me lleva más adelante, y me hace pasar del conocimiento de Dios al conocimiento del culto, que le debo dar y tiene derecho á exigir de mí. Culto religioso; y ¿qué cosa más racional en el Criador, que esperar de sus criaturas el justo obsequio y homenaje que le pertenece; y en las criaturas el glorificar en cuanto les sea posible al Criador, de quien han recibido el sér, dar crédito á sus oráculos,

conformarse con su voluntad, observar su ley, adorarle y consagrarse enteramente á su servicio? En esto consiste la religion; más porque entre las muchas religiones, que por error de la razon se han introducido entre los hombres, hay algunas necesariamente falsas, pues se contradicen unas á otras, y por esto las reprueba Dios, se debe buscar la religion verdadera; y, además de esto, examinar si ella es la únicamente verdadera. Pues entre las religiones que hoy reinan en el mundo, yo no hallo otra que la religion cristiana.

Cuando no hubiera otras pruebas de esto, bastaria el testimonio de los milagros de Jesucristo. Viene al mundo este nuevo Legislador, predica su Evangelio, que es la ley cristiana, y para autorizar su predicacion, se dice y llama enviado de Dios. Siendo Dios quien le envia, y hablando en nombre de Dios, es evidente, que es verdadero y la pura verdad todo lo que enseña, y que debemos suscribir á su doctrina. Porque seria necesario no tener aún el más ligero conocimiento de Dios, para persuadirse á que él podia atestiguar y confirmar la mentira. Corresponde á Jesucristo, al anunciar su doctrina, probar su mision. Y ¿cómo la prueba? Por los milagros que obra. Si Jesucristo ha hecho milagros, y milagros del primer órden; milagros innumerables, y los más maravillosos; si el principal fin de estos milagros ha sido, que le reconozcamos como enviado de Dios; no se puede dudar que su doctrina es divina.

Despues de convencerme por esto y por otros muchos motivos, que la ley de Jesucristo no me puede engañar, y que, siguiéndola, no me puedo perder; que todo lo que esta ley me enseña es tal como ella me lo enseña, y que todos los dogmas que me propone son otros tantos artículos de fe, que debo indispensablemente confesar; que el dudar sobre esto, ó detenerme en una suspension voluntaria por solo un momento, seria grave delito y una infidelidad digna de eterna condenacion; despues de esto, repito, si mi razon pretende penetrar el abismo de los impenetrables misterios que la religion me ha revelado, y cuyo interior me ha escondido; entra luego la fe, se eleva, defiende sus derechos, me pone un velo sobre los ojos, y me obliga á no pasar adelante sino entre sombras y oscuridades. Pero por mucho que reclame la razon, tan curiosa como presumida, y por más que ella pregunte: ¿Qué cosa es el misterio de un Dios en tres personas, y de tres personas en un solo Dios? ¿Qué cosa es el misterio de un Dios hombre, realmente presente debajo de las especies de pan y vino en el augustísimo Sacramento del altar? ¿Qué son todos los demás misterios? Sobre esto responde la fe lo mismo que dijo Dios al mar: *Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí que-*



*brantarás tus hinchadas olas y abatirás tu soberbia.* JOB. XXXVIII, 11. Decreto á la verdad absoluto, y contra el cual no tiene que oponer ni replicar la razon cristiana. Pero en esta misma respuesta halla infinitas ventajas; porque como el hombre sacrifica á Dios su cuerpo por la penitencia y su corazon por el amor, así le sacrifica su entendimiento por la fe. Sacrificando á Dios su cuerpo por la penitencia, le honra como soberanamente justo: sacrificándole su corazon por el amor, le honra como soberanamente amable; y sacrificándole su entendimiento por la fe, honra á Dios como soberanamente infalible y veraz.

2. Ventajas son estas por lo que mira á Dios; pero tomándolo por lo que mira al hombre y su tranquilidad, no le debe ser ménos ventajoso el tener una regla que sosiegue las turbaciones perpétuas de su entendimiento, cuando él se abandona á sí mismo. Pues esta regla es la fe. En efecto; sin una fe rendida, en lugar de asegurarme las luces de mi razon en la eleccion de un partido que afiance mi descanso, solo servirian de empeñarme cada dia en nuevos embarazos, y causar nuevas inquietudes en mi espíritu. Porque bien sabido es, cuán variable es la razon humana, si se le suelta un poco la rienda; y cuán fecunda es la imaginacion en sugerir nuevas ideas, si no hay algun principio firme que la detenga. De suerte, que hoy pensamos de un modo, y mañana de otro; hoy nos agrada una cosa, y mañana nos enfada; hoy nos fatiga una dificultad, y no bien nos hemos desembarazado de ella, cuando ocurre otra mayor que nos agita más: y todo esto es especialmente verdadero en materia de religion; y más comun á los espíritus vivos y penetrantes, á los que presumen de sábios, á los sábios del mundo más que á los espíritus sencillos y limitados. De donde nace, que nos quedamos en una perplejidad, y nos entregamos á todo lo que se nos pone delante, sin estar nunca firmes.

Pero si la razon se sujeta á la fe; si procediendo ambas de acuerdo se dan mutuamente el socorro y ayuda que pueden recibir la una de la otra; queda perfectamente tranquila el alma.

Pero, ¿cómo se puede creer (dice el entendimiento humano) lo que no se comprende? ¡Oh entendimiento humano! ¿Es posible que no te hagas justicia á tí mismo? ¿Cuántas cosas existen en todo el universo, cuántas cosas se presentan á nuestra vista que son ciertas, y no las comprendemos? ¿Por ventura dejarán de ser ciertas, porque nosotros no las comprendamos?

No permita Dios que yo me atreva á entremeterme en secretos que por ahora me son desconocidos. Seria presuncion mia; y segun

la amenaza del Espíritu Santo, queriendo contemplar, Señor, muy de cerca vuestra majestad, me oprimiria vuestra gloria y esplendor. PROV. XXVII, 26. Vendrá el dia dichoso en que entraré en vuestro santuario eterno, donde os mostrareis en todo vuestro esplendor y gloria; allí os veré cara á cara; y entónces, desde esta fe oscura en que me hallo, me hareis pasar á una claridad sin sombras y toda resplandeciente. Pero hasta entónces me quereis probar, y quereis que yo os busque en las tinieblas, y por un camino todo oscuro y lleno de sombras. No por eso, Señor, reprobais las luces de mi razon, ántes me la habeis dado como una antorcha para que me alumbré y me guíe; pero despues de haber usado de ella, segun vuestra ley, me mandais cerrar los ojos, reprimirla, sujetarla, y ponerla de acuerdo, por medio de esta sujecion, con la fe, que debe ser siempre superior á ella y dominarla. Vos, Señor, lo habeis ordenado así para honra vuestra y salvacion mia. De buena gana consiento, Dios mio, y creo todo lo que os habeis dignado anunciarme, y lo creo solo porque vos lo habeis revelado. *Yo creo, Dios mio*; pero al mismo tiempo os suplico como aquel padre del Mudo del Evangelio, *que fortalezcáis mi poca fe.* MARCH. IX, 25; porque me parece que en algunas ocasiones está muy endeble esta fe, por la que, sin embargo, debo estar pronto á derramar mi sangre. Vos, Señor, la mantendreis, y me mantendreis á mí contra los más violentos insultos; y no permitireis que me falte un caudal tan necesario y tan precioso, el solo que puede hacerme feliz en este mundo, y proporcionarme en el otro la felicidad, por la que he sido criado, y que os deseo á todos.

#### PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

##### I.

A los que no reconocen otro criterio que la razon, se les puede demostrar que, «separando la razon de la fe, no sacarán ningun partido ni de la una ni de la otra.»

El que separa la razon de la fe, separa dos cosas que son inseparables. ¿Qué es la razon? La luz que Dios nos ha concedido para reconocer y discernir las cosas. Y ¿á qué fin nos la ha dado? Para reconocerle á él. La fe nos ha sido tambien concedida para conocer á Dios. Con la sola razon no le conoceríamos como conviene: la fe completa este conocimiento. Si la razon y la fe tienen un mismo objeto, son inseparables; y el que las separa, tropezará necesariamente á cada paso.



El que separa la fe de la razon, se expone á perder la una y la otra. La fe no es enteramente ciega. Sus misterios tienen una parte interior y otra exterior; la razon conoce esta última, y se persuade de que en aquélla no se descubre contradiccion alguna. De este modo la fe es, como nos manda Dios, *razonable*.

## II.

Los titulados defensores de la razon humana, que son sus verdaderos enemigos, pueden ver en la historia; 1.º: Que la razon nunca ha brillado tanto, como cuando la fe la ha iluminado; 2.º: Que la fe nunca ha sido tan bien aceptada, como cuando la razon se ha puesto á su servicio.

I. Cotéjense las obras de los filósofos gentiles con las de los filósofos cristianos, y brillará con toda evidencia la verdad de la primera parte.

II. Cuando la razon humana se dedica á la defensa de la fe, los misterios más altos de la religion, como si salieran de la obscuridad, se hacen en algun modo inteligibles.

## CONCUPISCENCIAS.

(LAS TRES)

*Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis.*

Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

(Gal. v, 24.)

La Sagrada Escritura nos enseña, que Dios crió al hombre en un estado de rectitud perfecta. En el orden natural todo era perfecto; la inteligencia estaba inundada de luz, el corazon gozaba de paz, los sentidos vivian en orden, sometidos al alma; al paso que el alma recibia de lo alto la efusion de la gracia divina, la cual se derramaba por el cuerpo, é imprimia así á todo el hombre cierto sello de divinidad. La rectitud del hombre, desde el principio, consistia, pues, en la perfecta concordancia de todas las partes que componen su cuerpo, y en la admirable armonía del orden de la naturaleza con el de la gracia. Pero ese orden, esa armonía no subsistieron por mucho tiempo: sobrevino el pecado; y como el pecado es un mal, y el mal un desorden, y como el desorden es un elemento de destruccion, la ruina del hombre se hizo inevitable; la naturaleza quedó profundamente trastornada al golpe que la gracia recibia, y por el que quedaba destruida. Desde el dia en que el hombre, constituyéndose soberano, llevó la mano al fruto prohibido, perdió la gracia de su corazon; y sacudido de su alma el imperio de Dios, su cuerpo dejó de estar sometido al imperio del alma. De aquí esta revolucion intestina, esta lucha que sostenemos en nuestro corazon, y que prosigue su curso desde há seis mil años. De aquí el nacimiento de estos dos principios en nosotros, el uno del bien, que aún subsiste entre las ruinas de la conciencia; y el otro del mal, que causó